

DISCURSO DE ALFONSO GARCÍA ROBLES

PREMIO NOBEL DE LA PAZ

11 DE DICIEMBRE DE 1982

Majestad, Altezas, Señor Presidente, Señoras y Señores:

Constituye en verdad un señalado privilegio el haber sido distinguido con el Premio Nobel de la Paz correspondiente a 1982.

Tan alto honor cobra para mí en esta ocasión particular relieve tanto por la excepcional calidad de la persona con quien comparto el premio —Alva Myrdal, mi vieja amiga y compañera en numerosas batallas libradas por la misma causa en los foros de la diplomacia multilateral, que han comprobado una vez más la identidad de propósitos de México y de Suecia en los campos de La Paz y el Desarme, como por las razones específicamente mencionadas por los miembros del Comité Nobel en la exposición de motivos de su selección:

El haber considerado que los dos recipiendarios “han durante muchos años desempeñado un papel central en las negociaciones sobre desarme de las Naciones Unidas” y han contribuido “a abrir los ojos del mundo a la amenaza que la humanidad confronta con la continua carrera de armamentos nucleares”.

Para justipreciar esa amenaza bastará con recordar que la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró unánimemente en 1978, durante su primer periodo extraordinario de sesiones consagrado al desarme, que es “la supervivencia misma de la Humanidad” la que se encuentra amenazada por “la existencia de armas nucleares y la continuación de la carrera de armamentos”.

Fueron seguramente análogas razones las que veinte años atrás movieron a Albert Einstein y Bertrand Russell, en su histórico manifiesto de 1955, a afirmar, hablando “no como miembros de esta o aquella Nación, de este o aquel Continente o Credo, sino como seres humanos, miembros de la especie hombre, la continuación de cuya existencia se halla en duda”, que tenemos que “aprender a pensar en una forma totalmente distinta de la que hasta hoy se ha acostumbrado”.

En efecto, cada vez que en el pasado se inventaba una nueva arma la gente decía —y, como es bien sabido, el propio Nobel así lo creía originalmente— que era tan terrible que no llegaría a usarse. Sin embargo se la usaba, y aunque era terrible, no hacía desaparecer la raza humana. Pero como con toda razón lo ha hecho notar ese eminente filósofo de la historia que fue Arnold Toynbee: “Ahora estamos en posesión de algo que sí podría realmente extinguir la vida en nuestro planeta. La humanidad no se ha encontrado en una situación parecida desde fines del periodo paleolítico... En verdad, la amenaza a la supervivencia de la humanidad es mucho mayor desde 1945 de lo que fue

durante el primer millón de años de la historia”. No hay duda de que —y aquí empleo de nuevo los autorizados conceptos de Einstein y Russell vertidos hace casi seis lustros y que es obvio cobran hoy redoblada exactitud: “Si llegaran a usarse muchas bombas de hidrógeno habría Muerte Universal: Muerte Repentina para una minoría y muerte lenta para la mayoría sometida a la tortura de la enfermedad y de la paulatina desintegración”.

Las anteriores consideraciones, de irrecusable autoridad, me han hecho pensar en algo que no me atrevería a mencionar si no hubiese ya recibido el Premio Nobel de la Paz, pues de lo contrario existiría el peligro de que se me acusara de actuar pro domo o sea por motivos personales: la necesidad y conveniencia de que en la atribución de dicho premio en el futuro se otorgue la más alta prioridad a la contribución que los candidatos al mismo, ya sean estos individuos u organizaciones no gubernamentales, hayan podido aportar al desarme.

Para justificar esta sugerencia basta con tener presente que, como con toda razón lo proclamó la Asamblea General de las Naciones Unidas —y lo hizo por consenso—, si bien la seguridad sigue siendo “un elemento inseparable de la Paz”, en la hora actual “el aumento de los armamentos, especialmente los nucleares, lejos de contribuir a fortalecer la seguridad internacional, por el contrario, la debilitan” dado que “la acumulación de armas, particularmente de armas nucleares, constituye hoy día mucho más una amenaza que una protección para el futuro de la humanidad”, por lo que resulta evidente que ha llegado el momento de “buscar la seguridad en desarme”.

Estoy persuadido de que un hombre de la clara visión de Alfredo Nobel así lo habría dispuesto si hubiese tenido que redactar su testamento en nuestros días, cuando la relación entre paz y desarme puede decirse que se ha vuelto una relación orgánica. Naturalmente que ello no debiera significar el descuido de las numerosas aportaciones que puedan hacerse indirectamente a la paz en la amplia esfera de los Derechos Humanos, comenzando por el de la autodeterminación de los pueblos cuyo respeto exige ineludiblemente el del principio de la no intervención. Para ello, me parece que quizá la mejor solución práctica consistiría en que, lo mismo que en 1968 el Banco de Suecia instituyó un nuevo premio destinado a la economía que es otorgado por la Real Academia de Ciencias de Suecia que otorga los premios de Física y de Química, algún generoso mecenas, ya fuese éste una institución o una persona, aportara los fondos necesarios para el establecimiento de un nuevo premio, sobre Derechos Humanos este, el cual sería otorgado por el mismo Comité Nobel de Noruega que otorga el Premio Nobel de la Paz.

Espero que esta modesta sugerencia, que yo estimo constructiva, sea correctamente interpretada como lo que es: el deseo de mostrar mi sincero reconocimiento por el honor de que se me ha hecho objeto este año, contribuyendo a que en lo sucesivo se logre evitar que el intervalo entre los Premios Nobel de la Paz otorgados con motivo de actividades pro-desarme vuelva a ser tan prolongado como desafortunadamente ha sido en lo que va de la segunda mitad del siglo en que vivimos. El hecho de que a últimas fechas hayan comenzado a propalarse por algunos círculos, no por muy reducidos menos poderosos, las tan peligrosas cuanto ilusorias teorías de Guerra Nuclear "limitada", "ganable", o "prolongada", así como la obsesión de "superioridad nuclear", tornan, me parece, doblemente aconsejable tener siempre presente que el objetivo inmediato de todos los Estados, como hubo consenso de estos para dejarlo así expresamente consignado en el documento final de la Asamblea Extraordinaria de 1978, "consiste en eliminar el peligro de una guerra Nuclear".

A fin de ayudar a la realización de ese objetivo inaplazable, las

Naciones Unidas acaban de lanzar en julio pasado, durante el segundo periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme, una "Campaña Mundial de Desarme" que, bajo los auspicios de la organización y coordinada por ella, tendrá la misión de "movilizar a la opinión pública mundial en favor del desarme."

Si el desarme, como me he permitido sugerirlo, pasará a ser en adelante el criterio decisivo para la evaluación por el Comité Nobel de las actividades en favor de la Paz, ello constituiría, al igual que la campaña a que acabo de aludir, un valioso elemento adicional para convencer a todas las potencias nucleares, incluso a aquellas que más renuentes se han mostrado hasta ahora, de la necesidad de respetar los "intereses vitales" de todos los pueblos y de percatarse de la profunda verdad de la siguiente conclusión que las Naciones Unidas aprobaron por unanimidad hace cuatro años:

"La humanidad se halla ante un dilema: debemos detener la carrera de armamentos y proceder al desarme o enfrentarnos a la aniquilación"◊

